

Pluma
y
Lapiz

Ernesto
-912-

PLUMALAPIZ

«SEMANARIO DE ARTE»

ADMINISTRADOR
Arturo D'Alencon

DIRECTOR
Fernando Santivan

DIRECTOR ARTÍSTICO
Cristóbal Fernandez

SECRETARIO DE
REDACCIÓN
Daniel de la Vega

Correspondencia al Director: Casilla 2443
□ Oficina de Redacción: Morandé 432 □

Administración; Suscripciones, Avisos, Informes,
□ □ □ □ □ Casilla, 1684 □ □ □ □ □

AÑO I

SANTIAGO, 2 DE AGOSTO DE 1912

NUM. 3

Resurgimiento

En todas las esferas de la actividad nacional comienza á sentirse varios síntomas de reacción que bien pudiera convertirse en una etapa de florecimiento moral en nuestra patria ofuscada por largas crisis.

La juventud levanta su voz; hace efectivos sus derechos, se agrupa, escudriña en el horizonte, se agita y procura formarse ideales por los cuales combatir.

Después de un largo marasmo, tales indicios reveladores permiten esperar para la patria días mejores.

La literatura, como otros ramos de la actividad nacional, comienza también á dar muestras de vida activa, de vida vigorosa y fecunda. Una verdadera sed de idealismo se desarrolla lentamente en el espíritu de la nueva generación de escritores, y cada cual, después de campar por sus pendones de individualismo rabioso, (llámase) egoísmo, busca á tientas en la penumbra la mano del compañero para alcanzar en fraternal jornada la luz que allá lejos se divisa, como un faro común que guía nuestros pasos.

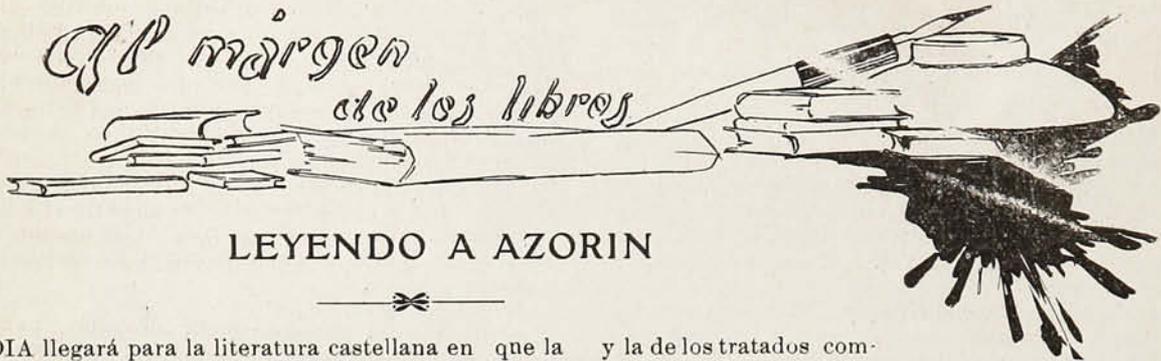
La literatura, el arte, es como la conciencia de un pueblo. Así como el hombre necesita de la palabra, de la voz, del gesto, para expresar sus íntimos sentimientos y emociones, una nación ha menester de un arte propio y original que ponga de manifiesto ante el mundo su grado de cultura.

Por eso, desde estas columnas invitamos á nuestra juventud, sin distinción de colores políticos ni otros de ninguno especie, á que hagan sentir su voz simpática y triunfal como los clarines anunciadores de una victoria cercana.

Que, unidos todos, artistas y hombres de estudio, los que piensan y los que sueñan, espíritus prácticos ó visionarios, contribuyan con su parte á desarrollar la naciente reacción moral é intelectual de que hablamos.

Estas páginas acogerán con júbilo toda manifestación que diga de verdaderos entusiasmos por sanos ideales, significando que estamos cansados de mantener todo un pequeño, miserable, pero poderoso mundo de cretinos, falsarios y explotadores sin conciencia...

Al margen de los libros



LEYENDO A AZORIN

DIA llegará para la literatura castellana en que la curiosidad piadosa de los españoles se despierte en toda su inteligencia á investigue sus periodos menos estudiados y las obras de autores totalmente desconocidos hasta hoy. Que mientras en Inglaterra, Alemania y Francia los críticos y los polígrafos renuevan cada año sus buscas eruditas sobre las letras nacionales, en la Península no parece sino que se estuviera condenado á vivir siempre al amparo de esa cómoda ley del mínimo esfuerzo mental. Felizmente suele interrumpirse de tarde en tarde este marasmo gracias á las sorpresas de algún hispanófilo ilustre ó de algún raro estuñioso que, como Menendez Pidal, Bonilla ó Azorin se sumergen en lecturas áridas para sacar á luz la flor y nata de vidas ilustres ó de teorías estético-filosóficas dignas de mejor suerte que la del olvido. De este modo las «Lecturas Españolas» de Martinez Ruiz significan un atrevido esfuerzo sintético de investigación y de comentario. Azorin, como crítico sagaz lleno de sabiduría, apenas si aparenta desflorar tales ó cuales asuntos, sin adentrarse en las materias con paciencudo esfuerzo analítico. Su crítica representa un empeño análogo al de su sistema de novelas; esto es, estudia el aspecto de las cosas, ó los rasgos precisos y eternos de un escritor, á través de impresiones sutiles y de sensaciones coloristas que sugieren mas que esplican el contenido de un libro, el alma de un paisaje, la dirección de una tendencia, la finalidad de un carácter ó el alcance de un intento estético. Y no se crea que esto signifique que las «Lecturas españolas» componen un libro superficial, escrito á humo de pajas, sin reflexión previa y sin la seguridad de juicio que da un estudio detenido; mil veces nó; Azorin conoce sobradamente y á fondo las letras españolas para pecar de ligero y hueco. La apariencia de gacetilla de tales «Lecturas» es un simple aspecto de concisión y encanto: no es fácil concebir páginas mas sustanciosas ni mas apretadas de noticias interesantes, vaciadas en el molde de un estilo inconfundible y preciso como el que más. Las obras de algunos escritores antiguos desconocidos ó olvidados como Mor de Fuentes, Fernán Caballero Larra, Mesonero Romanos ó Pi y Margall se animan y reviven en juicios justos y sencillos; los de ciertos espíritus del presente, ya se trate de Galdós, Costa ó Baroja nos los presenta Azorin con seguridad y penetración tranquilas de crítico observador y agudo. Así las breves notas sobre el maestro creador de los «Episodios Nacionales» valen por centenares de páginas bien pensadas y mejor sentidas.

Un lazo espiritual une todos los trabajos del libro: el amor curioso «por lo que constituye el ambiente español» y la originalidad del pensamiento peninsular. La España entrevistada por Azorin es la España pintoresca, antigua y moderna, con sus rasgos peculiares y autóctonos; la España de cuatro siglos, guerrera, pesimista y patriarcal, comprendida á través de la bizzarria de sus mejores escritores; una España, en fin, que es muy otra que la de la Historia oficial

y la de los tratados compuestos «ad usum scholarum». Martinez Ruiz la siente de cerca, época tras época, y se funde en su desfile inteligente de caracteres y de costumbres, palpita con ella y vibra con el ritmo de su vitalidad cada vez más acentuada. Comienza evocando una charla de estudiantes que en una posada castellana del siglo XVI, departen ante una cazuela de guisado y recuerdan, entre sorbo y sorbo, al maestro Vives, perdido en Brujas la sabia, donde arrastra el peso de sus años postreros con serenidad de estoico.

El comienzo de la excursión ideológica no puede ser mas interesante: Azorin nos encamina hacia la España antigua del humanismo. Juan Luis Vives la encarna como una abstracción del genio peninsular hecha espíritu y teoría. Sus «Diálogos» son representativos del medio y de la época: amor de poeta por la tranquilidad de la vida española; serenidad de filósofo ante la bondad íntima del carácter hispánico. Como buen humanista y mejor hidalgo, Vives no tuvo mas tesoro que su ideal, ni mas hacienda que una fortaleza espiritual templada en el estudio y en la adversidad de la vida. Junto á él el punzante Saavedra Fajardo representa una modernidad filosófica avanzada. En sus escritos apuntan embestidas formidables contra la política de su tiempo. ¿No ha tenido acaso la trascendencia de un juicio certero aquella reflexión suya escrita en las «Empresas políticas» casi á mediados del siglo XVII? «Si en España hubiera sido menos pródiga en la guerra y más económica en la paz—dice—e hubiera levantado con el dominio universal del mundo». Muchas de estas verdades podrian repetirse hoy sin que se advirtiera el peso de casi tres siglos que descansan sobre ellas.

Como Saavedra Fajardo tambien Gracian fué un revolucionario y un modernista en materia de pensamiento. Su obra capital, «El Criticón», se adelantó á su época con esbozos de doctrinas que siglos mas tarde habian de aparecer refundidas en pensadores como Taine y Nietzsche. Así, en Gracian aparece comprendida en sus principios jenerales, la teoría sobre la raza, ambiente y momento que el genial autor de la «Historia de la literatura inglesa» formuló como base de su crítica». Participa el agua—escribía en «El Criticón»—las cualidades buenas ó malas de las venas por donde pasa, y el hombre los del clima donde nace; y, luego, hablando del carácter español y de sus peculiaridades le atribuye á que España «es muy seca, y de ahí les viene á los españoles aquella su sequedad de condición y melancólica gravedad». De esto á cualquiera de las observaciones estudiosas de Taine no hay mas diferencia que la de una sistematización continuada: «La raza forma al individuo y el país á la raza—escribe en sus «Viajes á los Pirineos»—Un grado de calor en el aire y de inclinación en el sol con la causa primera de nuestras facultades y de nuestras pasiones».

En cuanto al individualismo ético de Gracian que

evoca las mas hurañas bizarrías del filósofo de Zarathustra solo bastaría citar algunos de las conclusiones desquiciadoras del «Oráculo manual» para comprobar tal aserto». Conocer los afortunados para la elección—dice—y los desdichados para la fuga, y, mas adelante: «Nunca por la compasion del infeliz se ha de incurrir en la desgracia del afortunado» y, finalmente: «Saber excusar pesares... Nunca se ha de pecar contra la dicha propia por complacer al que aconseja y se queda fuera». Baltasar Gracian vació en su «Oráculo Manual» toda la amargura de su espíritu. A pesar de sus valimientos la osadía de tales principios le acarrearón horas de agrias persecuciones, Azorin recuerda que cuando la publicación de «El Criticón» escribía el Preósito General al provincial de Aragon lo siguiente: «Conviene velar sobre él; mirarle á las manos, visitarle de cuando en cuando su aposento y papeles, y no permitirle cosa cerrada en él». Esto pasaba en el siglo XVII y Baltasar Gracian era fraile de la Orden de San Ignacio...

Tambien don José Cadalso rompió lanzas en su siglo contra los perjuicios y los errores de la política y de las costumbres. Su influencia fué grande en la filosofía y en la literatura. Su criticismo equilibrado le acarreó enemigos sin cuento y ataques arteros. Cadalso pintó una España muy poco halagüeña para que fuese tenido en alta estima por sus compatriotas; quien se atrevía á decirles: «Cada particular funda una vanidad grandísima en haber tenido muchos abuelos» ó, en España son «muchos millares de hombres los que se levantan muy tarde; toman chocolate muy caliente y agua fria; se visten; salen á la plaza; ajustan un par de pollos; oyen misa; vuelven á la plaza; dan cuatro paseos; se informan en que estado se hallan los chismes y hablillas del lugar; vuelven á casa; comen muy despacio, duermen la siesta; se levantan; dan un paseo al campo; vuelven á casa; refrescan; van á la tertulia; juegan á la malilla; vuelven á su casa; rezan; cenan y se meten á la cama» quien era capaz de decirles tales pesadeces se comprende facilmente que no gozara de una digestión tranquila, ni de los boatos que proporcionan un puesto en la Corte ó una cartera en la Diplomacia. Cadalso fue un precursor de Figaro como Mor de Fuentes de no pocos escritores de la segunda mitad del siglo XIX.

Pero ¿quién era Mor de Fuentes? Azorin nos lo presenta en un estudio vibrante y minucioso, que es el mas fiel trasunto de una de las mejores épocas de la primera mitad del siglo XIX en España. Nada hay que tenga un interes tan pintoresco como la vida de ese bohemio originalísimo que vivió mucho y muy bellamente, cantó la palinodia de agrias verdades y fué á morir en un desvan miserable. Su obra es desconocida: ni siquiera en los tratados sobre historia literaria se le menciona. Vivió en su tiempo una bohemia loca mas hermosa y miserable que los de los Gauthier, los Mendés ó los Glatigny. Su labor interesante, digna de ser recordada, se reduce á un librito editado en Barcelona en 1836, cuyo titulo reza: «Bosquejillo de la vida y escritos de D. José Mor de Fuentes, delineado por él mismo.» En sus páginas relata ese correr sin rumbo que fué su existencia toda, á traves de España ó ya en Paris, el Paris romántico de Chateaubriand y de Madama de Staël. A poco de llegar á la gran ciudad, Mor de Fuentes tuvo curiosidad de conocer al crítico Nisard, atraído por la im-

placable severidad con que castigaba al naciente romanticismo. En la entrevista, «díjese—escribe en su Bosquejillo—que trataba con excesiva contemplación y no varapaleaba como merecían á los prevaricadores. A lo cual le respondió Nisard con altísimo buen sentido: «Eso consistirá en que, como me he criado entre ellos, me habré contagiado algun tanto»; y usted, como que entre en este ambiente epidémico de nuevo y con toda su pureza, se indispone y se encrespa á los primeros hálitos que le asaltan. «La confesión de Nisard no puede ser mas interesante: talvez ella esplica la dulzura imprevista de ciertos juicios sobre los románticos.

Cuando la invasión napoleónica, Mor de Fuentes trabajó activamente por la causa patriota. Estuvo á punto de ser uno de los caudillos dirijentes que en mas de una ocasion pudo pagar con la vida las audacias de un temperamento arrebatado. De Zaragoza pasó á Madrid, y luego á Cartagena para volver á la capital algunos meses despues y enseguida salir para Aragon. Durante el trascurso de estos años sus aventuras se multiplican; ora son enredos políticos, ora proyectos literarios ó ya empresas científicas. Se propone realizar grandes proyectos mientras la vida se le va de entre las manos. La razon de su libertad es la de su propio sacrificio; por algo ha dicho: «El ídolo de mis entrañas fué siempre la absoluta independencia».



Azorin.

Así vivió y escribió don José Mor de Fuentes. Su cultura universal le permitió conocer todas las literaturas de su tiempo. «Su primer trabajo,—escribe Azorin,—consistió en traducir del griego á Tucídides, y traducirlo sin ayuda de gramática ni diccionario.» Mas tarde compuso varias memorias y tratados científicos: sobre el régimen de lluvias y vientos en España (De causis pluviarum et ventorum in Hispania tentamen); sobre un método nuevo para limpiar canales; sobre un parangon del sistema constitucional de España con los principales gobiernos; tradujo tambien, por primera vez en lengua española el «Werther» de Goethe y cuando residió en Paris asombraba á los propios franceses por su conocimiento acabado de la lengua de Corneille. Sin embargo, la falta de método y orden le impidió sacar todo el provecho necesario de su cultura universal; se contentó con vivir alegre y descuidadamente como un poeta que arroja cada dia un puñado del oro de su juventud por la ventana entre horas de divino placer y de locura. La bohemia de su vida fue su peor enemiga. Ella le cortó las alas.

Como en las páginas sobre Mor de Fuentes Azorin apunta observaciones muy precisas al tratar de don Mariano José de Larra. Cuatro ó cinco rasgos le bastan para desentrañar el carácter personalísimo de su espíritu agrio, satírico y pesimista. Los apasionamientos de Figaro acaso tienen una razon de sarcasmo y de desventura. Fué un romántico empedernido en el fondo. Despues de sus primeros triunfos literarios viaja por Europa. «En Paris—recuerda Azorin—trata á Victor Hugo y á Dumas. Conoce al baron Taylor; el Barón Taylor ha de escribir una obra sobre España, pero desconoce el pais de España. Larra la escribe en frances y Taylor la firma. El libro se titula «Voyage en Espagne»; recibe Larra por él 3.000 francos.» En 1836 colabora á firme en los periódicos; uno de ellos le paga 40 mil reales anuales por doce artículos al mes. Un año mas tarde, des-

pues del estreno de «Los Amantes de Ternel» Larra escribe: «Las penas y las pasiones han llenado mas cementerios que los médicos y los necios... el amor trata, aunque no mate á todo el mundo»... Poco despues Figaro ya no escribe. El amor de una bella le ha robado la tranquilidad á su espíritu. Espera siempre. Es un ilusionado. El 13 de Febrero obtiene la promesa de una cita. Una hora antes pasea con el Marques de Molino á quien le dice, al despedirse: «Ud me conoce; voy á ver si alguien me ama todavia». Llega la hora del encuentro. Ella acude. Departen ambos un instante. La ruptura es inevitable. Ella

abandona á Larra. Cuando aún no se ha alejado lo suficiente de la casa, suena un disparo... «Son las ocho y media de la noche»,... apunta Azorin.

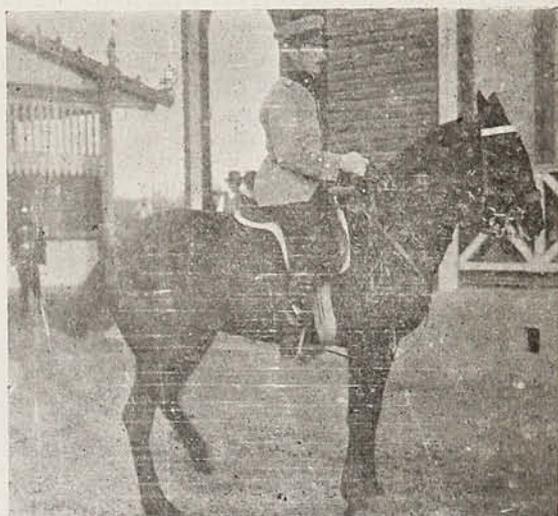
La lectura del libro de Martinez Ruiz nos deja una alada sensación de ensueño y de nostalgia. ¿Es posible, nos preguntamos, al doblar la postrera hoja de las «Lecturas Españolas», que Mor de Fuentes fuese un desconocido, que á Cadalso se le conozca superficialmente, que á Caballero no se le lea y que Larra no haya sido estudiado concienzudamente aún? Figaro nos induce á pensar: ¡Todo es posible en España!...

ARMANDO DONOSO.

EL TORNEO HÍPICO DEL DOMINGO



Asistentes al torneo



El vencedor

LA ESCOLTA DE LA BANDERA

Hemos recibido el último libro del poeta Samuel A. Lillo: «La Escolta de la Bandera».

Conocíamos ya varios libros de este autor sobre el mismo tema. Es el cantor de las hazañas militares de nuestro pueblo. Pero creémosle más inspirados en otros asuntos, y sobre todo, cantando sentimientos propios. Para nosotros el señor Lillo es un poeta subjetivista, como se demuestra en las bellísimas composiciones «En la Cabaña del Tío Tom» y en «La Escuela de Antaño», en donde campea un delicioso sentimentalismo de poeta delicado.

«La Escolta de la Bandera», su última producción, es un poema breve que canta la pérdida del Estandarte del regimiento chileno «Segundo de Línea» en la batalla de Tarapacá el 27 de Noviembre de 1879.

En este poeta está vibrando el patriota antiguo que no acepta las ideas modernas. Veamos:

«Que no había cruzado todavía
Por sobre nuestra tierra la enseñanza
Desquiciadora de una nueva escuela
Que, cual nube sombría,
De otros cielos revueltos hoy avanza

Y nuestros campos vírgenes asuela,
Haciendo vacilar con el empuje
De sus iras extrañas
El amor de la patria; el más robusto
De los robles que dan nuestras montañas».

No creemos tan desquiciadora la enseñanza de esa nueva escuela; pero aquí esto tiene poca importancia, pues no se trata de una obra sobre sistemas de organización social.

Notamos que en los versos del señor Lillo aún quedan resabios de los antiguos moldes tan monótonos.

Un crítico (?) hablando de este mismo poema, ha dicho con cierta solemnidad algunas frases sobre los decadentes y modernistas.

Quisiéramos que ese señor nos hablara de un complicado estado psicológico, de un colorido exótico, o de una sensación nueva (de las tantas sensaciones que recibe el espíritu cada día) con «el argentado coche de la luna», «la alegre risa» ó «el negro manto de la noche» de los graves clásicos.

D. DE LA V.